

## Historias de alcantarillas

---

Como cada mañana desde hacía dos años, bajé del autobús, crucé la acera y me dispuse a entrar en el edificio de oficinas donde habitualmente trabajo. El día debía ser productivo si quería salir a una hora prudente para asistir al cumpleaños de mi sobrina. Dos solicitudes por firmar, un par de reuniones con subcontratados, completar evaluaciones y, si quedaba tiempo, alguna paradita para fumar un cigarro. Sin embargo, aquel diecisiete de octubre hubo algo que me detuvo a escasos metros de la puerta de entrada. Desde que comencé a ser el encargado del departamento de recursos humanos de mi empresa había sido trasladado de oficina innumerables veces; sin embargo, con esta última incorporación tuve más suerte y conseguí por fin cierta estabilidad espacio-temporal. Aquel edificio tenía una serie de ventajas: cercanía a casa, zona sin excesivo bullicio, un bonito parque enfrente para tener la falsa idea de respirar aire puro de vez en cuando y una cafetería que ofrecía unos menús del día baratos y deliciosos. No tenía queja salvo por un pequeño inconveniente que, egoístamente, había convertido en mi propio problema: custodiando los amaneceres despiadados del invierno y soportando el camino cansado de los transeúntes, un viejo vagabundo nos miraba sin reproche cada día, sentado en la pequeña escalera que anticipaba mi oficina. Era un hombre de semblante serio, con un rostro trazado por arrugas y carreteras mal asfaltadas, pelo cano y descuidado. Su vestuario consistía en un par de pantalones roídos y sucios, un abrigo mugriento para repudiar el frío y un par de mantas donadas por la caridad. No cabía duda de que hacía tiempo que aquel hombre se había rendido a su inevitable condición, que conocía el punto de partida y el final inquebrantable con que firmaría la sentencia de aquel destino entre harapos. Su mirada cruda ante los hombres trajeados lo delataba: no quería limosna ni compasión. Le bastaba la compañía del perrillo (también cochambroso y sucio) que dormía junto a él entre cartones. En más de una ocasión, atravesando el arco de culpabilidad que parecía levantarse ante mi lugar de trabajo cuando recordaba lo efímera que puede llegar a ser la vida, tuve la intención de ofrecerle unas monedas a aquel pobre hombre sin hogar. Pero nunca lo hice: tal vez mi propia negación del sufrimiento o el miedo a involucrarme en una vida de destierro me hacían volver a guardar ese par de euros en la cartera. El vagabundo, sin embargo, jamás parecía reprochar la falta de ayuda. Nos miraba con indiferencia mientras sobrepasábamos el umbral de su pobreza y, después, con una sonrisa mal diseñada, acariciaba el lomo de

## Historias de alcantarillas

---

su perro. A veces, cuando no había tenido tiempo para desayunar en casa y mordisqueaba un sándwich mientras me dirigía al trabajo, solía guardar prudentemente una porción del mismo y, cuando ya me encontraba lo suficientemente cerca para pasar desapercibido, dejaba caer el pedazo de mi desayuno a unos pocos centímetros del perro del vagabundo, quien me sonreía casi más agradecido que su propia mascota. Muchos días, me preguntaba a mí mismo cuantos años podría llevar ese hombre en esa situación, teniendo en cuenta que ya estaba allí, en la puerta de mi oficina, antes de que yo llegase (como parte de un mobiliario estafalario y atemporal, como una impresión a doble cara de este mundo moderno e inhumano). En mi caso, no era capaz de imaginarme a mí mismo recurriendo a la piedad de otros, atrapando el tiempo no vivido en las alcantarillas, buscando en la basura. ¿Cómo habría llegado aquel hombre a esos cartones? ¿Cómo debió sentirte al comprender que no tenía nada más a lo que recurrir que a los adoquines de esa misma acera que yo atravesaba cada mañana?

Era un diecisiete de octubre, sí. A pesar de que el otoño amenazaba con cubrirnos de espanto y telarañas el sol, aún no habían llegado días demasiado fríos. Supongo que cuando los bancos de los parques o los cajeros automáticos se convierten en tu hogar, aprecias cada resquicio retrasado de sol. Estaba bordeando la parada de autobús para cruzar hasta la entrada de la oficina, cuando comencé a deslumbrar, como era rutina, la silueta cansada de aquel hombre. Pero había una diferencia. Un retrato menos fiel a la realidad se volvía nítido ante mi mirada. Algo había cambiado en el bodegón de su tristeza. Algo había convertido aquella estampa en una escena mucho más cruel y desconsolada. El perrillo mestizo y sucio que reposaba junto a aquel vagabundo día tras día, ya no estaba. Pude sentir los afligidos pensamientos del hombre a pesar de mi falta de empatía. Su rostro no mostraba la indiferencia de antaño, no: mostraba ira y pena. Dolor y espanto. ¿Qué habría ocurrido? ¿Se habría escapado y ahora estaría merodeando por las calles residenciales de los alrededores? ¿El hombre, cansado de no poder ofrecerle una vida digna y feliz, habría decidido dejar a su fiel compañero en un albergue canino? O peor aún, ¿algún final mucho más triste habría salpicado el mar angosto en que el mendigo se ahogaba día a día? Fue entonces cuando supe que hoy era el día, que debía hacer frente a mi timidez y hablar con aquel hombre que, sin

## Historias de alcantarillas

---

querer, se había convertido en parte de mi vida (al igual que el conductor del autobús o los niños cruzando el parque de camino al colegio). Pensé, por un instante, en la soledad tan inmensa en la que debía verse naufragando, en la alevosía hacia Dios que sentiría, en la incertidumbre de su camino. En el llanto controlado, en su corazón anestesiado. Cuando era niño tuve un perro al que adoraba, con el que compartí infancia y heridas. Lo que me unía a él era algo demasiado puro como para ser traducido a palabras: era mi compañero, siempre dispuesto a seguirme noche y día, sin reprochar mis errores, evitando que el raciocinio (cuando éste se convertía en demoniaco y despiadado) se interpusiese entre nosotros. Mis entrañas y el recuerdo se sumieron en nostalgia. Por ello, quise acercarme a compartir la incertidumbre del hombre. Y aparte, para que negarlo, la curiosidad de conocer el paradero de aquel adorable perrillo me atormentaba junto con la preocupación. Tenía la cabeza baja y recogida entre las manos cuando me senté a su lado, dejando una distancia prudencial entre ambos. No pareció inmutarse por mi presencia, así que, con un carraspeo mal disimulado, me dispuse a iniciar la conversación:

- Parece que aún no ha llegado el frío, ¿verdad?

El hombre alzó la vista levemente, sorprendido por la intervención. Sus ojos parecían desgastados por la falta de sueños, estaban inyectados en sangre y cuestionaban cada una de las razones que nos ataban a este mundo. Supe que había sido una noche más dura de lo habitual.

- En realidad nunca se marcha del todo. Se queda ahí, agazapado entre las alcantarillas, para darnos por culo cuando menos preparados estemos- contestó el vagabundo de manera rotunda.

Volví a carraspear. Realmente no tenía nada que contestar a su réplica. Pero no había tomado asiento a su lado para nada.

- ¿Por eso va usted previsto siempre de unas buenas mantas?

- Por eso, chaval, y porque si las suelto algún desgraciado como yo me las roba. En la calle hay que andarse con ojo. Por aquí estamos todos tan curtidos por las aceras que muy pocos siguen siendo considerados. Pero bueno, ¿querías algo? ¿Has llegado

## Historias de alcantarillas

---

demasiado pronto al trabajo y quieres que te eche una mano con tus finanzas o alguna otra de esas mierdas con las que ganas tu sueldo?

- No, finanzas nada, yo soy del departamento de recursos humanos, contrato personal, gestiono cursos de empresa... pero, emm, no, no quería nada en concreto- comencé a tartamudear y a sentir el sudor frío en la nuca. Me estaba poniendo nervioso-. Solo que... bueno, no pretendía molestarle. Lamento si le he incomodado.

El hombre soltó una carcajada estridente a la vez que me golpeaba en la espalda amistosamente. No sabía bien cómo actuar, así que me ceñí al colegao y respaldé su risotada. Sonreír siempre es de ayuda para crear un ambiente de comodidad y neutralidad (o al menos eso había aprendido con los años cada vez que tenía que despedir a un empleado), así que traté de que aquel vínculo establecido con su gesto no se disipase.

- ¿Estás loco? Siempre se agradece que algún capullo con traje se digne a hablar conmigo. Tienes compañeros que todas las santas mañanas de la primera semana del mes me dan unas moneditas. Después, deben darse cuenta de que deben ajustar el presupuesto y me quedo sin mi propina diaria. Pero molestar... eso nunca, chaval. Y tutéame, anda.

Me sorprendió lo fácil que fue entablar conversación con aquel hombre. En cuestión de diez minutos supe que su nombre era Nacho, hijo de padres naturales de Albacete que viajaron a la capital en busca de un futuro menos angosto. Él había crecido en un colegio de monjas a las que tenía bastante aprecio a pesar de los castigos con los brazos en cruz que tantas veces le habían impuesto. Consiguió terminar bachillerato pero con el sueldo ajustado de su padre no pudo ir a la universidad, así que se labró un futuro en el mundo de la construcción como peón y, poco a poco, fue aprendiendo el oficio y terminó siendo el jefe de obra. Se casó con una dulce e inteligente Alicia, con quien engendró la vida de sus dos hijas. Todo prosperó como debía, hasta que la avaricia pudo con su sentido de la responsabilidad y fue embaucado en negocios turbios con gente que no era de fiar. Pese a las advertencias de su familia, Nacho se dejó llevar por las malas influencias y, con la crisis inmobiliaria, la corrupción del suelo y los cimientos, terminó sin empleo y con una deuda que no quiso relatarme con

## Historias de alcantarillas

---

demasiada precisión. Su mujer lo abandonó y se mudó de ciudad llevándose a sus hijas. Él se quedó solo y sin hogar, sin más propiedades que un Citroen y sus maletas con trajes y zapatos. Malvivió unos meses en casa de un amigo, después se buscó una pensión de mala muerte en la que fue sentenciando su despropósito poco a poco y, finalmente, cuando el dinero se le fue terminando (y aún tenía deudas sin pagar), comenzó a dormir en el coche, mientras pasaba las mañanas tratando de encontrar un trabajo y algo de comida. Sin embargo, la falta de recursos y aseo dificultaban la tarea y, con el paso de los días que después se convirtieron en meses, perdió su coche y, sin ese último refugio, fue asumiendo su condición de mendigo, de hombre sin destino, de viandante eterno. Se rindió a la calle y, cuando tuvo que vender sus últimas pertenencias decidió brindar con un cartón de brick de vino. Fue acostumbrándose poco a poco al frío, a los cartones y al deshielo de la escarcha, a observar el rocío con la mirada perdida y a sucumbir a la caridad de los demás. Se alimentaba de los restos de comida que dejaban los restaurantes en los contenedores de basura, de las migajas de pan del suelo y de la compasión de otros. En más de una ocasión estuvo a punto de terminar con aquella vida insulsa y desgastada, pero entonces el miedo se instauraba entre sus arterias, del mismo modo que la culpabilidad se había convertido en el filtro de sus huesos. Se había imaginado a sí mismo saltando al vacío desde un puente, creando un lienzo de entrañas y sangre en las carreteras.

-Un día estuve decidido a hacerlo, chaval. Había planeado el momento con una precisión de ingeniero- me relataba Nacho-. Escribí una carta a mis hijas con un boli que robé en un estanco. No era la despedida más bonita de este mundo, por supuesto. Iba escrita en el reverso de un folleto de propaganda. Pero bueno, era una carta sentimental, de las de verdad, diciéndoles lo mucho que las quería y cuanto me había arrepentido de no haber estado a la altura de las circunstancias. Estaba decidido, de veras. Mi idea era guardar la carta en el bolsillo del abrigo y esperar que la encontrasen intacta cuando mi cráneo estuviese reventado en el suelo y acudiesen los servicios médicos. Ya se las apañarían para averiguar mi identidad.

-¿Y no fue duro tomar esa decisión? Hay que echarle muchos huevos al asunto para hacer algo así.

## Historias de alcantarillas

---

-Claro que fue duro; pero más duro era esa mierda de vida. La culpa y el hastío.

La voz del vagabundo sonaba tangible, se hacía eco en el tímpano de mis ideas. Me resultaba complicado incluso tragar saliva en los momentos clave de su historia, no me sentía con la potestad de invadir tanto su intimidad, la cual me estaba brindando con destreza y entusiasmo. Casi parecía quitarse un peso de encima relatándome sus pesadillas...

-¿Y qué ocurrió? ¿Por qué no lo hiciste?-inquirí con curiosidad.

-Pues verás, chaval. Estaba en el puente que había elegido como mi tumba. Todo iba según lo previsto: cantidad de coches atravesando la autovía, el cielo encapotado con la niebla, la carta en mi bolsillo... Estaba agarrado a la barandilla, con los pies temblando y el aire azotándome en la espalda. Abajo nadie parecía haberse percatado de mi sombra medio colgada del puente gracias a la neblina, lo que ayudaba a relajar la tensión del momento. Iba a soltarme, lo juro, pero entonces apareció una sombra caminando por el puente. Era una silueta pequeña, que se acercaba sigilosa. Creí que podía tratarse de un niño o un transeúnte bajito, por lo que me mantuve quieto en mi posición. No quería ser responsable de una imagen tan devastadora como un suicidio en el recuerdo de aquella sombra que continuaba aproximándose. Entonces, zas, la niebla dejó entrever un cuerpo erguido a cuatro patas. Un jodido perro, ¿te lo puedes creer?-comenzó a reír agitando las manos con el ademán de dar un aplauso-, un jodido perro me salvó del precipicio.

-El perro que le acompañaba hasta ayer, ¿no?-me atreví a preguntar por fin. No quise forzar la situación en ningún momento y había esperado pacientemente a que el tema de su mascota surgiese espontáneamente, pero ahora mi curiosidad crecía a una velocidad vertiginosa.

-El mismo. Peseta se llamaba.

Pretérito imperfecto. "Se llamaba". Eso solo podía querer decir una cosa.

-Un buen nombre, sí señor.

## Historias de alcantarillas

---

-Se lo puse a modo de burla, para que nadie se atreviese a decir que yo no valía ni una peseta. Además, ese bicharraco astuto es lo más valioso que he tenido desde que mi vida se convirtió en el vagabundeo. Es un poco complicado de explicar, pero cuando estaba en aquel puente, con las agujas del reloj girando en mi contra, ver los ojos tristes pero sinceros de aquel perrillo sucio y despeinado, consiguió lo que parecía imposible en los últimos años: sentí algo parecido al amor. Ya sabes, ese amor que despiertan los animales en las personas, esa compasión y ese instinto de cuidarlos y jugar con ellos. El perro me miraba con la intensidad de una central eléctrica, y mis pupilas se dilataban por la descarga de adrenalina que aún erigía mi cuerpo. Me quedé completamente paralizado, pero el perro siguió acercándose. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, lamió mis manos temblorosas aferradas al hierro oxidado. Gimoteó. Tío, me estaba pidiendo que no saltara, te lo juro. Trataba de retenerme en este mundo- la voz de Nacho se quebraba. La distancia entre sus pensamientos y la tristeza se fundía en cada una de sus palabras. Se percibía el miedo de aquellos días, el estupor y la agonía de antaño-. Casi lloro de alegría. Porque no pude saltar, tío, entendí que tenía algo más que hacer en este mundo, que tenía que ayudar a ese perrillo a encontrar un hogar en condiciones o, al menos, a subsistir en las calles como yo hacía. Me prometí a mí mismo que si lograba proveer de una comida diaria a Peseta, entonces ese día habría tenido sentido. Cuidar de ese perro era una misión en la que no podía fallar, no después de todos los errores que había cometido a lo largo de mi vida. Aquel perrillo no se lo merecía. Así que desde ese momento crucial en el puente, Peseta y yo nos convertimos en compañeros de trifulca. He de reconocer que con un perro es más sencillo despertar la compasión de la gente y mis honorarios se incrementaron un poco; pero lo mejor de todo fue la compañía que nos proporcionábamos. Peseta solía conformarse con caricias y algún trozo de pan duro. Era un perro obediente y fiel, inteligente y espabilado. Una vez me salvó de una buena trifulca enseñando los dientes, en otra ocasión su olfato poderoso encontró una caja casi entera de pastelitos de nata con la que nos dimos un buen festín... No sé, hacía que esta vida fuese mucho más agradable.

- Vaya, comprendo lo que ese perro ha significado para ti. No sé si hago bien en preguntar esto, pero... ¿qué le ha ocurrido?

## Historias de alcantarillas

---

Cogió aire y exhaló desaliento. Dirigió su mirada hacia mí, unos ojos plagados de vaho y de inocencia, unos ojos que parecían los de un niño defraudado. Pude captar el llanto ausente con que se aferraba a una dignidad inexistente.

- Me temo que esta noche, después de muchos meses cansado y luchando por mantenerme feliz, mi pobre Peseta ha pasado a mejor vida.

- Vaya, no sabe cuánto lo lamento...

- Y yo, chaval, pero es muy egoísta por mi parte hacerlo. Llevo toda la mañana dándole vueltas a lo mismo. Pero creo que es lo mejor que podía pasar: ha vivido muchos años, de los cuales unos cuantos fueron al lado de un vagabundo muerto de hambre... Ese perro se merecía algo mejor, un cielo lleno de hamburguesas y pelotas que perseguir, unas manos rascándole el hocico noche y día... Aquella mañana en el puente, y el resto de días que ha pasado conmigo, fueron una muestra del perdón que había obtenido por mis errores. Fue el modo que tuvo el destino de equilibrar mi balanza, de devolverme una parte de esa vida que había perdido por mi mala cabeza. Me dio esperanza, y eso, créeme, es uno de los mayores regalos que puede recibir un hombre en mi situación. Y ahora, chico, creo que deberías ir a trabajar o dentro de poco nos tocará compartir acera- se rio Nacho, apremiando mi movimiento.

Me levanté con una sensación extraña en el estómago. No quería dejarle solo ahora que conocía su historia, pero entendía que tampoco podía hacer mucho más por él en aquel momento. O quizás sí. Al fin y al cabo, aún conservaba una habitación libre en mi pisito de soltero y tenía varios contactos en el departamento de recursos humanos de un par de empresas que podrían ser una opción para la reinserción de Nacho en el mundo laboral. Solo era cuestión de un traje en condiciones, aseo y extender la mano a aquel hombre que se había quedado sin oportunidades. Además, hacía tiempo que quería pasarme por el refugio de animales a rescatar algún perro y ofrecerle un nuevo capítulo en su vida. ¿Quién mejor que aquel vagabundo de fortaleza indudable para ayudarme a escribirlo?

*Serendipity*